

El último vals

Clara había bajado la cabeza con las primeras campanadas de la media noche. La gran péndola *Biedermeier*¹ había sofocado el silencio dentro de ecos vibrantes que a duras penas se iban apagando. La oscuridad, interrumpida por el suave susurro de un *abat-jour*, la había inundado de una profunda tristeza. No era la primera vez que pasaba. A pesar de que habían transcurrido más de dos años, la muerte de Arturo le pesaba como una piedra que, aun cuando el tiempo aligeraba, continuaba rodando en sus pensamientos. Nunca como ahora el río de los recuerdos le inundaba la mente desbordándola de una densa y sofocante melancolía que encontraba fuerza al caer la noche. Era entonces que los fantasmas del pasado volvían hacerse presentes. Escondidos detrás de las formas de los objetos más queridos, se agrandaban a los primeros indicios de una nota o al lento disiparse de la nostalgia. No había manera de poder alejarlos porque todo su mundo revivía en ellos. Y por otra parte, ¿cómo habría podido abandonar aquellos hijos exiliados e infelices? Así, lentamente se había acostumbrado a su presencia y a sus gemidos, a veces llenos de aflicción, que le resbalaban en la mente como un leve aguacero.

Los días transcurrían a su alrededor como pálidas jornadas de

¹ El *Biedermeier* es un estilo artístico, cultural y literario que surge en Alemania durante la era de la Restauración (1815-1848).

otoño y un sentimiento de vacío le oprimía la garganta. Así, para continuar, buscaba consuelo en algunas fotos viejas que a veces le regalaban una sonrisa. Acomodadas ordenadamente por tomos, impedían a los recuerdos ahogarse en el turbio océano del olvido.

Con el físico debilitado se conducía fatigadamente por las habitaciones arrastrando las piernas adoloridas. Aquél era uno de esos sonidos raros que animaba su vieja y deteriorada casa, vuelta insignificante por las nieblas de la indiferencia. Sin embargo, adentro, todavía se sentía viva aun cuando estaba aprisionada tras el áspero capullo del tiempo.

Cansada y abatida, se había entregado a la noche sumergiéndose en su mundo arcano y desconocido. Los párpados se le cerraban y el sopor comenzaba a adueñarse de sus extremidades. Unos momentos y la oscuridad penetró su mente envolviéndola en tinieblas y silencio; luego una leve música resonó a lo lejos y de golpe fue arrojada adentro del sueño.

«Por aquí» irrumpió inesperadamente un hombre ataviado por un elegante *frac*.

«¡Papá!» prorrumpió con aire incrédulo.

«Apúrate que te están esperando.»

«¿Quién?»

«No hay tiempo, te digo en el camino.»

En un instante se encontró en el interior de un viejo carruaje dirigido por un anciano y distinguido cochero.

«Papá, que alegría volver a verte» continuó radiante. «Ha pasado tanto tiempo.»

«Sí» replicó éste sonriendo.

«Te veo bien, estás tan joven.»

«¡Mi magnífica muñeca!»

Clara tuvo tiempo de bajar la mirada y de inmediato se encon-

tró ataviada con un resplandeciente vestido blanco. Con aire incrédulo observó sus dedos adornados con una brillante esmeralda y de golpe se sobresaltó. Las arrugas habían desaparecido misteriosamente transformando su mano en mariposa.

«Quieren la mayor elegancia» apremió el padre sonriendo.
«Ahora verás.»

Con aire feliz apartó la mirada hacia el exterior, atraída por un misterioso resplandor que envolvía la noche. El cielo relumbraba de finos polvos de luna que volvían tenue toda visión. Aquel brillo extraño parecía guiar a los caballos a lo largo del viejo camino de piedra y ningún chirrido de látigo osaba interrumpir el misterio. Repentinamente se encontró en un vial de refulgentes antorchas y, cuando el carruaje se detuvo, dos pajes vinieron a su encuentro. Bajó lentamente la escalerita descubriendo sus finos y aterciopelados tobillos. Un ímpetu de alegría atravesó su rostro y de golpe estuvo adentro del palacio. Un coro sorprendido se levantó a su paso mientras cruzaba los escalones de la gran escalinata de mármol. Confundida, se detuvo delante del salón que bullía de vida y, luego de un instante de titubeo, comenzó a reconocer los primeros rostros.

«Abuelo, mamá, tíos...» prorrumpió atónita a la vista de sus seres queridos.

«Estamos todos» replicaron estos sonriendo. Una intensa emoción le hizo nudo la garganta desbordando en un alegre llanto luego, mientras las lágrimas todavía no se apagaban, el círculo se abrió descubriendo una elegante figura a lo lejos. Con paso austero empezó ir hacia él y de inmediato lo reconoció.

«Arturo...» balbuceó con voz débil.

«¡Clara!» respondió aquél rodeándola por la cintura.

«¿Qué es este lugar?»

«Es el salón de fiestas.»

«¿Cómo vine a parar aquí?»

«No importa» continuó el otro mientras una dulce sinfonía comenzaba a levantarse en el salón.

«¡El *vals de las flores!*!» exclamó maravillada.

«Tu preferido» agregó el marido a un breve paso. Clara no se movió observándolo atentamente.

«¿Qué estás viendo?» apremió éste con aire divertido.

«Quiero asegurarme de que te hayas rasurado la barba, siempre me rasguñas las mejillas.»

Arturo le tomó la mano y, en un torbellino de sonidos, se dejaron transportar por el baile. Durante largos e interminables minutos se mecieron en el inmenso y brillante salón bajo los ojos sonrientes de todos los amigos que habían vislumbrado. Era delicadamente hermoso verlos bailar, jóvenes y sonrientes como nunca. Los músicos parecían embelesados por su amor y aquella pasión contagió a los instrumentos haciéndolos sonar como ninguno hasta ahora.

«Ahora siempre estaremos juntos» murmuró Clara con el corazón contento. Todo su mundo estaba contenido en ese palacio y por nada lo habría abandonado.

«Todavía no es tiempo» replicó Arturo turbado.

«No entiendo...»

«Éste no es el momento.»

La mujer lo observó con mirada vacilante

«¿Me quieres hacer creer que...?»

«¿En verdad pensabas que no había un después?»

Contenta, lo estrechó fuertemente besándole repetidamente las mejillas pero de repente las notas cayeron como rocas disonantes y Arturo retrocedió de golpe. Un sentimiento de desconcierto frunció sus cejas mientras el rostro del marido comenzaba a desvanecerse. Atónita, dirigió la mirada en todas direcciones y un

terrible presentimiento laceró sus pensamientos: flotaba en un sueño moribundo.

«Es sólo una ilusión» prorrumpió desconsolada.

«¿De verdad lo crees?» replicó Arturo desapareciendo en la oscuridad.

Cuando la péndola volvió a sonar en la habitación, los ojos se le abrieron de golpe. Con una mirada confundida volteó para seguir las campanadas y de nuevo volvió a ver su mundo. Las primeras luces del alba se fueron introduciendo pintando las vidrieras de un rojo decidido.

Todavía adormilada, saboreó aquellas sobrantes gotas de noche y, luego de haber levantado las sábanas, se alejó de la cama. Fatigadamente se puso la bata y, cruzando la puerta, se encaminó hacia la cocina. Las frescas impresiones de la noche se agolpaban en las frías paredes de la casa haciéndola estremecerse. Con impaciencia acercó las manos al fuego a la espera de que el café estuviera pronto y, en cuanto las últimas bocanadas surcaban en su boca, lentamente empezó a sorberlo. Una tibieza abrigadora le calentó las extremidades dejándola pensar. Aquellas dulces sensaciones todavía coloreaban su mente. Con el rostro tenso atravesó el corredor, algunos pocos pasos, una fugaz visión y de golpe se sobresaltó. El corazón empezó a latirle con fuerza y, con los ojos desencajados, alcanzó el tocador. Durante largos e interminables momentos continuó mirándose incrédula sus mejillas rasguñadas.